

Tú, ¿quién eres?

Es una pregunta muy normal, aunque la respuesta no es fácil. Cualquiera que tuviera que responderla empezaría por decir, tal vez, dónde ha nacido, quiénes son sus padres, dónde vive... que pertenece a tal grupo, comunidad, asociación, partido... que trabaja en lo que sea...

La verdad es que cualquiera de esas cosas diría bien poco de «quién soy» realmente. Si buscasen algo más mío y siguieran preguntándome «quién eres» podríamos atrevernos a hablar de nuestros valores, creencias, sueños, sentimientos profundos, heridas, experiencias significativas, estilo y proyecto de vida...

A mí la cosa me resulta especialmente difícil cuando la pregunta me la hacen desde mi condición de creyente -como le ocurrió a Juan en la escena que hoy comentamos-.

El Bautista enfrenta la pregunta de manera muy sabia: Yo no soy lo que los demás quieren, dicen, o esperan. Y digo que es muy sabio porque demasiadas veces nos condiciona más de lo que quisiéramos o de lo que creemos las expectativas y deseos de los demás (padres, pareja, amigos, superiores, la sociedad en general...). Él no quiere parecerse a nadie, ser como nadie, imitar a nadie ni coger el relevo de nadie, por mucho prestigio y ventajas que pudiera suponer relacionarse con ese alguien.

También afirma que no es el «Mesías». Personalmente me gusta recordarme esta contestación, porque uno tiende -tal vez por educación, por carácter o vaya usted a saber por qué- a sentirse demasiado responsable de todo y de todos. Fácilmente -aunque cueste reconocerlo- se cree uno imprescindible, insustituible, quisiera resolver todos los problemas que se encuentra, hacerse cargo de todas las ayudas que te solicitan, estar presente en todos los pucheros... Y no. Mesías sólo hay uno. Y no es Juan Bautista. Ni tampoco yo. Ni algunos, que dejándose llevar por su cargo, responsabilidad, o por lo que sea, si te descuidas, hasta deciden por ti o te impiden que te equivoques, o saben mejor que nadie lo que a uno le conviene. No. Sólo hay un Mesías.

Y este Mesías, además, lo es de una manera bien peculiar, tanto, que el pobre Juan se sentirá desconcertado al ver sus maneras, sus palabras, sus criterios, sus actuaciones. Es, entre otras muchas cosas, un Mesías que nos enseña con su ejemplo y sus palabras a ser profundamente humanos, que invita a ser uno mismo, que le descubre a cada uno el gran potencial que lleva dentro, y que pide tomar las decisiones sin dejarse condicionar por la tradición familiar, religiosa, social o del tipo que sea. Que no se impone, que no nos sustituye, que no nos infantiliza.

Por fin, después de aclarar todo lo que no es ni quiere ser, se define. Y lo hace con relación a Jesús. Como diciendo: Yo sólo sé quién soy yo y quién tengo que ser por mi relación con Jesús de Nazareth. Y lo hace con dos claves esenciales, que bien nos pueden venir a cualquiera de nosotros. Por una parte es «portavoz», «profeta», «testigo» del Señor, a quien procura facilitar, allanar los caminos. ¡Estupenda definición de apóstol!: Señalar, apuntar y acompañar hacia el encuentro personal con el verdadero Salvador. Y por eso -segundo rasgo, y complementario del anterior- ayuda a identificar al que ya está en medio de nosotros. Desde la Navidad de hace un montón de años, Dios es el Dios-con-nosotros, y la lectura de este segundo día del año es todo un reto: Reconocer -aunque a menudo nos desconcierte y sorprenda- y mostrar por dónde anda este Dios de nuestros caminos; y siempre que sea necesario, desbrozar, enderezar y facilitar el camino para que se produzca el encuentro personal con el Dios que nos busca antes de que le busquemos nosotros a Él.

Enrique Martinez, cmf